

# Un bolero llamado Caracas

*Gustavo Valle*

«Nadie en este mundo puede ser tan cursi como nosotros. Aunque pongamos sobre el tablero del planeta nuestro petróleo o nuestros futbolistas, nuestra cultura indígena o nuestro mestizaje musical, nuestra ciencia y nuestros sesudos intelectuales... siempre terminamos exportando también el invento de nuestro sentimentalismo. En el fondo-fondo, ésa es nuestra lógica, el hermoso y estúpido temblor de ser lo que somos».

Alberto Barrera Tyszka

Caracas es una ficción. Me reencuentro con ella después de varios años y veo que no ha cambiado (¿o sí?): sigue siendo el mismo espacio de lo imprevisible y lo impostergable. Desde que la conozco no ha dejado de travestirse una y otra vez, siempre sumida en una obstinada carrera hacia la metamorfosis y el cambalache. Por eso está idéntica, igualita. Fiel a sí misma: no hay nada que la saque de su fantasía ultramoderna donde todo corre (y se atasca) a la velocidad de los carros. Quizás por eso el aroma a gasolina que sobrevuela en sus calles, y su aire entrecerrado de cabina de carrito por puesto, y su suelo manchado con emplastos abrasivos, productos secundarios de nuestra próspera industria petrolera que va y viene, sube y baja, como las cigüeñas que martillan el suelo en la Mesa de Guanipa.

Si Caracas se viera en un espejo se reiría. Y se reiría con la risa de los fumadores, esa risa cavernosa pero entrañable que tienen los enfermos más queridos. Frente a un espejo deformante se alargaría, se achicaría, y en esas imágenes irreales la ciudad se identificaría mejor. Caracas ha crecido pero no sé muy bien cómo ni hacia dónde. No veo muchos edificios nuevos, tampoco hay muchos edificios viejos, las autopistas son las mismas, las calles atestadas de automóviles son iguales de estrechas y ruidosas; la gente sigue cultivando la violencia tropical que sabe mezclar la sinrazón con el piropo y el abuso con la picardía. Sin embargo algo ha crecido, algo ha aumentado, algo se desborda. La temperatura, por ejemplo, ha recalentado todos los rincones. Hasta en los balcones se siente la ráfaga de este aire tibio. Los vientos que entraban por Petare ya no soplan, se han desviado

hacia otros corredores. Yo respiro un aire flojo que parece venir del subsuelo, atravesar el asfalto y bailar con los motores.

Y es que Caracas es una ciudad pulmonar. Hay ciudades visuales, como París; óseas, como Roma; estomacales, como Calcuta. Pero Caracas es alveolar y neumática. Tiene la consistencia del humo, y siempre parece estar metida en medio de una bruma diferente al *smog*. Por eso es difícil definirla, limitarla. Hasta sus avenidas mejor trazadas parecen perderse en un más allá de buhoneros y tránsito automotor. No se trata de un Londres versión caribe —a pesar de que abundan los asesinos de rubias—. Es una bruma mental; como si aquel efecto hormigueante de la vista permaneciera siempre en los ojos de quien la visita. Lo mismo ocurre cuando la vemos de lejos, desde lo alto del Ávila. Allá abajo luce irregular y moteada, metida entre árboles, trepando los cerros aledaños, expandiéndose sin orden bajo una tenue nube gris. Y se ve espléndida. Indomable. Su desorden es el rasgo fundamental de su personalidad levantisca y coqueta —patéticamente coqueta—. Porque parece ufanarse de su descontrol y tiene aires de gran ciudad y también las mañas de las putas que no admiten que las critiquen, pues criticar a una puta es una evidente falta de urbanidad.

Y se exhibe, se desnuda, lo muestra todo. Desde los refulgentes edificios espejados hasta sus rincones repletos de basura; desde las emperifolladas amas de casa del Este hasta sus más escandalosos asesinatos. Desvergonzada, le gusta el piropo fácil, y el maquillaje la hace delirar. Luce siempre vestiditos nuevos, la mayoría de poliéster. Le gustan los colores chillones que la mantengan alegre, porque si algo es auténticamente cierto es que Caracas es una ciudad alegre. Evita la melancolía a toda costa, le huye a la tristeza como si se tratara de la peste y todos los caraqueños estamos dispuestos a morir (y también a matar) antes que ponernos tristes.

Yo pensaba que su ritmo era veloz, trepidante, frenético. Yo creía que no había otra ciudad más abismada en su loco andar atolondrado, pero me equivoqué. Su velocidad es sólo aparente, su vertiginosa marcha es apenas un simulacro. No se mueve, se menea, se contonea. Hija del Caribe al fin, su velocidad es amortiguada. Sus espléndidos atascos la lentifican, la poca resolución de sus habitantes la frena. Y es que no hay prisa —y esto desespera—. Se confundió la desesperación con la prisa y todos los caraqueños nos convencimos de que vivimos en una ciudad trepidante, como si esto fuera sinónimo de algo bueno, porque a Caracas, entre otras cosas, le gusta compararse. Por eso le encantan los espejos deformantes: siempre quiere verse idéntica a algo completamente distinto a ella.

Su sensualidad es equívoca. Cuando se menea cojea de una pata, y a veces tiene esa facha de mujer que ha visitado numerosos quirófanos.

Como las *vedettes* que han invertido sus años entre el baile y el whisky, y ya de viejas recuperan el tiempo entregándose a la liposucción o aplicando a sus nalgas suficiente silicona.

Por eso sus calles son repavimentadas con numerosos parches de asfalto caliente. Así vemos un parque recuperado, una plaza que resucita en medio de la ruina, una casita remozada, un solar con plantas nuevas, y todos nos contentamos y deambulamos por esos sitios, y nos alegra saber que la ciudad se revitaliza... Pero de pronto las plantas empiezan a marchitarse, no hay quien barra las hojas secas y a la casita le hace falta una mano de pintura pues sus paredes se descascaran como piel vieja.

Y es que Caracas es una ciudad fragmentada hasta en la posibilidad de su dicha. Y si pensamos en un orden, una estructura lógica, no estaremos pensando en Caracas sino en su sueño. Un sueño que duerme hace muchos años, colgado de una hamaca a mil metros de altura.

La noche caraqueña no es agitada y propicia el sueño. Hay borrachos que gritan y gritan fuerte, disparos perdidos en los cerros, automóviles que se despedazan en la autopista, pero sigue siendo una noche tranquila. Hay ruidosos asesinatos por ajustes de cuentas, atracos con violencia, una que otra violación, o el ritmo frenético de una música tecno que el viento trae de no se sabe dónde. Pero nada de esto impide un sueño reparador. Yo duermo ocho horas seguidas en esta ciudad calurosa cuya noche es más bien fresca. Me envuelvo en las sábanas de algodón y comienzo a pensar en las guacharacas del día siguiente. No cuento ovejas, cuento guacharacas.

Se trata de unos pajarracos que gritan cerca de mi casa y me despiertan todas las mañanas con su fiesta bullanguera. Parecen patos, lobos con amigdalitis. Andan por los techos en grupos de tres o cuatro. Son gallinazos flacuchentos y feos. Mi día comienza con su graznido horroroso; al principio me molestaba, pero ahora me simpatiza; hay algo tierno en su escándalo matinal.

Me ducho y tomo un café con leche para después ir al centro. A mí me encanta ir al centro. Todos me dicen: no vayas allá, y si vas no te vistas así, llévate un bluyinsito roto, una camisa vieja, nada de relojes porque te los quitan, cuidado con la esquina caliente, y cosas así. En fin. Yo voy igual porque siempre trabajé en el centro, siempre me gustó el centro, la confusión del centro, la energía tanática del centro, la periferia del centro. Y es que es tan caótico que da ternura ver cómo es imposible que la gente se ponga de acuerdo: buhoneros, autos, peatones, se mezclan en un asfixiante merengada citadina. Le dicen centro pero en realidad parece un extrarradio. Es un centro que está al margen de todo: de la ley, de la razón, de la ciudad misma. O mejor: es otra ciudad. La más real de todas. Al estar en el

centro de Caracas el resto parece una invención increíble. El Este: la isla de la fantasía. Amo el centro de Caracas porque es tan real que da miedo. Amo el centro porque allí ocurren cosas incomprensibles.

Hubo quien dijo que Caracas no existía, no tenía memoria, que al estar en continuo cambio nunca llegaba a ser nada, y su paisaje era la suma de edificaciones pasajeras, casas derruidas y vueltas a levantar, negocios que cambian de ramo, de nombre, quiebran, cierra sus puertas y después abren bajo otro signo con distinta mercancía. Por eso no es fácil reconocerla, vive en un carnaval de nuevas situaciones y siempre se quita la máscara para ponerse otra: se disfraza de Nueva York con sus edificios espejados o luce la aristocrática alfarería de Bogotá o se inventa los centros comerciales de Miami o levanta largas lenguas de asfalto tipo Los Ángeles o se repleta de buhoneros como en los zocos de El Cairo y reproduce los niños de la calle que abundan en Calcuta. Como vemos, el baile es diverso y entretenido, y detrás de los antifaces está la ciudad y su gente un poco extraviadas, pues no saben bien si la pauta a seguir es un minué, un rock, una cumbia, un merengue o una danza del vientre. La fiesta es caótica, no se sabe bien quién es el anfitrión, no todos los que están han sido invitados, los meseros desaparecen, las parejas se intercambian y todos se emborrachan. Una fiesta estupenda, sin duda. Todas las fiestas caóticas son estupendas.

Y corren ríos de ron, cerveza, whisky (éste cada vez menos) y guarapitas de parchita y cócteles explosivos a base de patilla. Y el calor se refresca con el adecuado octanaje que nivela los constantes altibajos. Y podríamos hablar de un porcentaje de alcohol en la sangre de los ciudadanos. Un mínimo etílico que da tono a los intercambios y risa fácil en las situaciones más descabelladas. Se trata de un rito que de tanto practicarlo es rutina, como ir al trabajo o buscar a los niños al cole. Antes la bebida nacional era el whisky escocés, *Etiqueta negra*, *Chivas Regal*, pero con los altibajos de los precios del petróleo y el rendimiento de nuestros administradores públicos, nos hemos tenido que conformar con bebidas espirituosas del patio, y a mucha honra.

Los boleros enseñan a echar mano del licor para solventar problemas vitales, sobre todo de amor. Y como somos un pueblo de boleros desgarradores y telenovelas lacrimógenas, entonces acatamos la atávica orden y nadamos en ardientes aguas alcoholadas para llevar a fondo los males y poder salir a flote. Claro que a veces nos ahogamos y terminamos borrachos de tristeza. Aunque preferimos, por sobre todo, la borrachera alegre. A los ecuatorianos, por ejemplo, les gusta una borrachera melancólica, profunda, desgarradora. Aquí se practica la rumba a prueba de bombas, y si las lágrimas aparecen (suelen aparecer) hay que borrarlas del mapa: fuera